

CINQUÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

"Paraules d'Adriana"

ACCÈSIT SANT ADRIÀ DE BESÒS 2.004

AUTORA: M^a ISABEL BORREGA SANTANO

LUZ DE ATARDECER

La veo sentada junto a la ventana, en la tibia penumbra del atardecer, tejiendo sin parar, a un ritmo incesante, como anudando recuerdos, dándoles forma de puntilla, de flor o de pájaro, como uniendo los minutos del tiempo pasado en una trama sutil que permanezca y nos hable de ella cuando se haya ido.

La veo como una vela ya muy gastada que aún alumbraba en la fría tarde y tiembla amenazadora con apagarse al menor soplo de una tenue brisa nocturna, y se me hiela el alma sólo de pensar en la oscuridad que dejará en mi vida cuando se apague. No puedo imaginarme qué haré con los geranios que ahora son la admiración del vecindario, ni con la ausencia de su ropa blanca ondeando en el balcón como banderas blancas que alegran la mañana. Qué será de sus platos colgados en el pasillo, como invitando a la vez a una sabrosa receta y a un colorido paisaje. Y cuando se apague su voz, pintoresca retahíla de expresiones casi olvidadas, se silenciará también su risa, cascabel de la infancia que aún repica con su sonora alegría.

La veo con la aguja, elaborando una danza de tiempos muy lejanos, dibujando en el vaivén del hilo las trenzas de una niña menuda y habladora que iba a la escuela del pueblo, con los zapatos gastados, pero muy limpia, repitiendo las canciones ya olvidadas de una generación oscura, leyendo una cartilla color sepia, recitando las oraciones del señor cura... Y, aun así, en sus ojos casi verdes, color de hierba primeriza en la aridez de un prado seco, destellaba el deseo de la lectura, de mundos desconocidos, la avidez por lo maravilloso, por lo humano. Sonaban las campanas de la iglesia y las risas de los niños en la plaza de su infancia, pero también el llanto por los hermanos atrapados en una guerra que dejó una huella triste en su memoria... Las cartas que venían del frente también fueron su lectura. Otros como ella aprendieron el abecedario de la sangre, de la tristeza..., y las palabras escritas fueron latidos o muertos, literatura de la esperanza o del desconsuelo.

A veces se detiene, escucha las noticias de la tarde... Guerras lejanas con sabor amargo. Ella sabe de cartillas de racionamiento, de sopas de pan duro, de frío en invierno, y cree que hemos cambiado mucho, pero muy poco. Y vuelve un poco triste a tejer su memoria, para nosotros, para que no olvidemos...

Pero esta labor que ahora hace es para su nieta que quiere casarse, como ella en aquel tiempo... Sentada en el umbral, a la luz cálida de las tardes de primavera, acabados los oficios, la casa limpia, los trabajos del campo terminados, con otras muchachas del pueblo, entre risas y silencios cuajados de rubores, bordan en vainica un mantel de amor, tímidamente, casi sin que la vea su enamorado que viene cabalgando desde lejos, con la cara curtida por el sol y los ojos brillantes del deseo contenido. Entre murmullos de agua y brotes de hojas verdes, bajo la mirada vigilante de las madres, conversan y pasean, sin apenas rozarse, anhelantes de un descuido, silenciosamente sedientos los labios y los dedos.

Se miran inconscientes las manos... Manos de cera, arrugadas de amor, envejecidas de labor, suaves como seda, transparentes como cristales que reflejan ríos ancestrales de sangre... Estos dedos fueron siempre ágiles y hábiles, entrenados en el cultivo, el desgrane, en abrir la lana, amasar el pan, recoger la aceituna, muñir las vacas, escurrir cuajadas, elaborar dulces, lavar en ríos helados, retorcer pañales, acariciar a niños... No uno, sino muchos, y a todos por igual. ¡Cuántas camisas cosió! ¡Cuántos calcetines remendados! ¡Cuántos pañuelos enseñó a bordar al amor de un brasero que calentaba pequeños pies de seis niños buenos!

Ahora ella enciende su pequeña estufa eléctrica, justo el tiempo suficiente para que no suba demasiado el recibo de la luz, y se limpia la lágrima que sin querer le hace un poco más profundo el surco de los ojos. La soledad de la tarde va llenando la estancia y la luz se hace más difusa. Busca sus gafas en el cesto de la costura y reemprende la danza a ritmo lento, acompasado, soñoliento. Se ha desconectado y revisa el último tramo hasta que encuentra la vuelta perdida. Aquellos pequeños pies fueron creciendo, se pusieron zapatos ganados con esfuerzo, con el sudor de muchos veranos, y llenaron de ruido las habitaciones, la escuela, la calle, hasta que aprendieron a irse... por caminos distantes, dejando el polvo del camino incrustado en el corazón. Un día, la casa se fue quedando vacía, la tierra se fue quedando yerma, y tuvo que ponerse esos zapatos que la llevan lejos de sí misma. Dijo adiós al cielo azul lleno de pájaros, al regato que había lavado sus enaguas, al árbol que daba sombra a su tierra,

a la vaca que alimentó a sus hijos, al trigo que le dio el pan, a los vecinos que compartían su pueblo... y puso sus ovillos en una maleta.

¿Cómo entender el ruido? ¿Cómo respirar el humo? ¿Cómo desenmarañar el entramado de tantas calles? ¿Cómo encontrar la puerta en un laberinto de puertas similares? ¿Cómo no estar sola entre una multitud de soledades? Y aun así supo. Se acostumbró. Encontró un sitio. Inició un nuevo rumbo. Le dio vueltas y más vueltas al hilo hasta seguir tejiendo nuevamente, como una aguja desacostumbrada a una densidad más grave, más sintética, menos natural, más eléctrica, pero posible.

Fue duro encontrar trabajo, pagar piso, dar estudios a los hijos. Fue duro poner en marcha una nueva vida lejos de todo, sin el eco de las voces familiares, sin el calor de lo hasta entonces aprendido, abriéndose paso a lo desconocido. Fue duro... Y cuando ya la luz volvía a brillar y el canario encontró su sitio entre los tuestos del balcón, y los nietos jugaban en su falda, fue duro perder a su compañero de viaje, quedarse en la sombra de la esperanza, quedarse sola mirando atrás... Fue duro...

Nuevamente anudó las hebras del desconsuelo y tejió la vida, haciendo palpitar baberos, jerséis diminutos, gorros de lana para que los pequeños la quisieran, la reconocieran en el olor colorido de las bufandas de invierno. La abuela sobrevivía envuelta en un telar de besos.

Esta tarde la veo tejer, algo taciturna pero satisfecha, tembloroso el pulso, la vista neblinosa, pero el corazón atento, y yo también limpio la lágrima que no me dejar verla con claridad. Pero ella sabe cómo reavivar la mecha, cómo llenar de nuevo de luz la soledad, cómo hilvanar la risa para que yo no sufra... Sus ojos pícaros me miran y ella me cuenta algún chisme que despista.

Me enseña los cajones llenos de manteles, bordados, tapetes, delantales, sábanas ribeteadas de puntillas... Auténticas artesanías de recuerdos, legados para sus hijos y sus hijas. Yo sé cuántas caricias las han tejido. Yo sé que en ellas está escrita su vida y parte de la mía.

La dejo sola, sentada a la luz de una lamparita, escribiendo con su aguja de ganchillo una línea más de su biografía. La noche es fría y ya oscurece. Me dice hasta mañana... Miro desde la calle y veo la temblorosa luz de una vela en su ventana...

La luna fría se ha puesto un velo de puntilla...

¡Hasta mañana!